

Empresas y Economía Social

Business and Social Economy

Mtro. Miguel Ignacio Gallo Reynoso*

Artículo recibido: 22-08- 2019

Aprobado: 11-12-2019

Cómo citar este artículo

Gallo Reynoso, M. I. (2019).
Empresas y economía social.
Entretextos, 11(33), 1–6. ht-
tps://doi.org/10.59057/ibero-
leon.20075316.201933112

* Director de la Escuela de
Emprendimiento Social e
Innovación (EDES) de la
Universidad Iberoamericana
Ciudad de México.
Correo electrónico:
miguel.gallo@ibero.mx

Resumen

Criticar el modelo económico prevaleciente, desde un único enfoque, no es suficiente para interpretar la realidad. Es innegable la desproporción social y económica que ha derivado de las prácticas neoliberales y es imperante restaurar el equilibrio en estos aspectos; además, es fundamental ofrecer alternativas de desarrollo humano a quienes se encuentran en condiciones de pobreza o escasez de oportunidades. Es posible construir esquemas de economía social que favorezcan la distribución equitativa e incluyente a partir de proyectos de formación empresarial alternativa.

Abstract

Criticizing the prevailing economic model, from a single approach, is not enough to interpret reality. The social and economic disproportion that has resulted from neoliberal practices is undeniable and it

is imperative to restore balance in these aspects; In addition, it is essential to offer human development alternatives to those in conditions of poverty or lack of opportunities. It is possible to build Social Economy schemes that favor equitable and inclusive distribution from alternative business training projects.

Palabras clave: Modelo económico, Economía social, Equilibrio social, Pobreza, Modelos empresariales.

Keywords: Economic Model, Social Economy, Social Balance, Poverty, Business Models.

Muchas voces critican, justificada o injustificadamente, objetiva o subjetivamente, la forma en la que se ha gobernado el país, a partir del 1 de diciembre de 2018. Podremos estar o no de acuerdo, apoyar o criticar, manifestar o callar ideas, pero lo que es indudable es que han manifestado distintos puntos de vista sobre las causas de la situación social y económica de México.

Algunos atribuyen a las políticas neoliberales la desproporción en el ingreso, es decir, la enorme brecha entre quienes nada tienen y a quienes les sobra mucho, que ha acarreado una deficiente calidad en los servicios públicos, así como pérdidas cuantiosas de recursos económicos por causa de la corrupción; a ellos, indudablemente, les asiste la razón.

Otros critican el clientelismo político que practicó el Partido Revolucionario Institucional (PRI), durante el Siglo XX, con la intención de limitar el crecimiento social, ya que únicamente satisfacía las necesidades mínimas para contentar, sí, nada más contentar, porque no buscaba resolver la condición de los sectores desfavorecidos de la población. A quienes critican a la administración pública por, convenientemente, propiciar condiciones de miseria, tienen también mucha razón.

Entonces, ¿dos visiones aparentemente contrapuestas pueden sustentarse en argumentos objetivos, estadísticos, sociológicos, demográficos y económicos? Evidentemente, sí.

Ya lo decía Ramón de Campoamor (1905) en su poema “Las dos linternas”:

De Diógenes compré un día
la linterna a un mercader;
distan la suya y la mía
cuanto hay de ser a no ser.
Blanca la mía parece;
la suya parece negra;
la de él todo lo entristece;
la mía todo lo alegra.
Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira.

Las perspectivas que menciono se han polarizado, de tal manera, que no se vislumbra caminos de reconciliación. Ver la realidad a través del color de un cristal es similar a ver sólo una cara del naípe, ya que no se puede ver la otra; por lo tanto, la compleja, histórica y profunda, problemática social no puede definirse únicamente a partir de un sólo punto de vista porque las actuales condiciones sociales de México no se generaron en este siglo.

Nos pesan, pues, siglos de una cultura colonial sojuzgadora, esclavista, incapaz de concebir que los indígenas pudieran aprender y razonar: pensaron por ellos, decidieron por ellos, desterraron de ellos siglos de cultura y prácticas sociales que les permitieron lograr el esplendor de civilizaciones como la mexicana, la maya, la mixteca, la totonaca, la purépecha, la zapoteca, entre otras.

Desafortunadamente los vestigios piramidales son las únicas evidencias concretas y duraderas de estas sociedades, ya que se ha perdido mucho de lo que fue la vida cotidiana en ellas; me refiero a la convivencia diaria, no la de los sacerdotes y gobernantes, sino de los *macehuales*, es decir, de los que tenían que trabajar para vivir y tributar, de los que gracias a la organización social fueron capaces no sólo de llevar mercancías a los tianguis, sino de generar riqueza para las castas superiores.

El espíritu de esta clase social se percibe en el hecho de que durante la guerra no mataban, luchaban, porque sus armas no estaban hechas para hacerlo, sino para atrapar con vida al rival y llevarlo al sacrificio. No pretendo hacer una apología de estas crueles y sanguinarias batallas, inclinadas a favor de los pueblos poderosos y numerosos, llamadas *floridas*.

Combates tumultuarios, cientos contra cientos o miles contra miles, pues había que asegurar corazones de guerreros valientes y valiosos para el sacrificio. Las tácticas no incluían caballería ni mucho menos artillería porque consideraban la sorpresa, la infusión de temor (con los ruidosísimos atabales) y el uso de figuras de animales como jaguares, águilas y serpientes para ataviar a sus capitanes.

¿Y cómo lograrlo si no es con una disciplina ordenada y asumida como propia? Así, el compañero de junto, y el de junto a él, y el de enfrente, y el de atrás sabían qué buscaban, porqué peleaban, cuál era el objetivo: capturar al de mayor rango. Si lograban el objetivo participaban de la ceremonia y el convite.

Asumo que, en temas de producción agrícola, de caza, de recolección de algodón (pochote), de apesamiento o crianza de animales sagrados (como el quetzal) o especialmente valiosos (como el colibrí) la base del éxito era saber trabajar de manera colectiva. Un ejemplo de esto son los *tamemes*, quienes eran capaces de llevar en la espalda cargas de 80 a 90 kilos (como plumas, cacao, algodón y otros) porque sabían que mediante el relevo no solamente podían llevar sus cargas, en su mayoría tributos, sino encontrar mejores recorridos (analizaron), arreglar caminos (innovaron), optimizar distancias (emprendieron) y evitar dañar a quien haría el reemplazo pues conocían el valor de su labor (dieron sentido).

Se entendía el valor del tequio¹, de la “obligación de realizar jornadas de trabajo gratuitas para el mantenimiento y construcción de obras públicas como caminos, calles, edificios públicos e iglesias, o para la introducción de nuevos servicios como educación, electrificación, agua potable o construcción de clínicas” (Zolla y Zolla Martínez, 2004). De esta manera, ante la ausencia de máquinas, la fuerza de muchas personas, debidamente pensada y aplicada, logró elevar pesos enormes en la construcción de pirámides, palacios y templos.

Transcurrieron los siglos de ocupación colonial y al terminar la guerra de Independencia no hubo paz, sino una lucha fratricida por el poder: lucha del imperio contra la república, de liberales contra conservadores, de demócratas contra dictadores; fue el pueblo pobre quien puso a los muertos, al uniformarlo de soldado y fue el pueblo pobre quien convirtió los poblados, sus terrenos de cultivo y sus bosques, en campos de batalla. Quienes nada tenían sólo pudieron ofrecer sus vidas, su herencia y su cultura.

Al terminar la guerra de Reforma, durante un corto período, hasta el fin de la Revolución mexicana y de la Cristiada, el país pudo conocer la paz, aunque de manera temporal. Los gobiernos emanados de la Revolución prometieron mucho y cumplieron poco: los pobres han seguido siendo pobres. Ni la “Revolución y Justicia Social” ni la “Patria Ordenada y Generosa” supieron conducir a los pobres, a las comunidades indígenas, a los campesinos sin tierra, a los artesanos, a los obreros, a los albañiles, a los trabajadores y a los burócratas hacia la salida de condiciones precarias, penosas y dolorosas de salud, de vivienda, de empleo y de bienestar. Peor aún, la brecha se ha hecho más grande.

El gobierno del optimismo tampoco parece conocer otro medio que el reparto abundante y generoso de subsidios², de “apoyos”, de becas, de recursos en efectivo para la gente necesitada. Como si el dinero se comiera. El gobierno del simplismo piensa que, para salir de la pobreza, con repartirlo basta. Pero ¿cómo hacer que sólo dinero saque de la pobreza a los pobres, si son siglos de pérdida de factores como la tierra, los medios de producción y el trabajo, así como el aislamiento físico o social, los que han desencadenado esta situación, aparentemente irreversible, que padece el país?

Esta estrategia no ayudará a revertir la situación porque, por cuantiosa que sea la cantidad repartida, nunca será suficiente, pues, al gastarlo, regresará a quienes son dueños de las empresas que producen, ofrecen, distribuyen y venden bienes y servicios. Así, regresa poco a poco a quienes lo acumulan, se quiera o no. Quien crea que el pensamiento capitalista o neoliberal se combaten con bombazos de dinero o quitándoselo a los ricos, para dárselo a los pobres, sólo promueve las condiciones de pobreza que se convierten en una espiral descendente, de la que es difícil salir. La espiral, como un resorte vencido, no puede ser resiliente, no tiene fuerza y tiene que ceder.

¹ Del náhuatl *tequitl* que quiere decir tributo, trabajo.

² Programas como Sembrando Vida, Jóvenes Construyendo el Futuro, Programa Para el Bienestar de las Personas Adultas Mayores, Programa Pensión para el Bienestar de las Personas con Discapacidad, Programa Nacional de Becas para el Bienestar Benito Juárez, Jóvenes Escribiendo el Futuro, Programa Nacional de Reconstrucción, Tandas para el Bienestar, Desarrollo Urbano y Vivienda.

El dinero que se vierte, con la mejor intención de solventar las necesidades de los beneficiarios, termina siendo un lastre que, por la propia ley de gravedad, le impide al resorte cumplir con su función porque no necesariamente se emplea para lo mejor: golosinas, cervezas, celebraciones familiares, bienes que no son útiles, tiempo aire de telefonía celular, tatuajes, frituras, refrescos embotellados, uñas postizas, cigarros, etc. Recibir estos recursos económicos únicamente propicia sensación de capacidad, pero realmente no existe tal porque sólo es gasto. De esta manera, el apoyo monetario que fue otorgado, regalado, cedido, donado o canjeado crea dependencia y la creencia de que se cuenta con lo necesario. Esto fractura el principio básico de la capacidad humana: la subsidiaridad.

La Economía, como ciencia, sin duda es un instrumento valioso para identificar las causas de la pobreza, para medir los factores que la propician, para explicar los movimientos de los flujos económicos en un vaivén de cifras, cantidades, modelos matemáticos y econométricos. La ciencia económica estudia y explica, con la mejor disposición y las mejores herramientas, la riqueza de los pueblos y de sus habitantes. Pero la economía, así, con minúscula, que viven las familias, si bien puede ser explicada por la Microeconomía, sólo puede ser evaluada por quienes ven, con frustración, que lo que ingresa, por la venta de las cosechas o por el salario, no es suficiente para alimentar, vestir y curar.

Son numerosos los estudios que, desde la Economía, han descrito los efectos de los subsidios en el mejoramiento del bienestar de la gente (Rodríguez, 2003, p. 34), son muchos los mecanismos de evaluación del impacto³ que tienen los subsidios, directos e indirectos, en la calidad de vida de las personas; pero la pregunta persiste: ¿a cuántos hemos visto salir permanentemente de la pobreza por recibir estos recursos?, ¿cuántos pueblos y comunidades, gracias a los subsidios otorgados son ahora más sanos, están mejor alimentados y viven en mejores condiciones?, ¿quién aprovecha estos recursos para invertir?, ¿quién no hace uso inmediato de ellos?

Lo mismo sucede con las remesas de dinero, que se envían desde distintos países: a veces se usan para comprar bienes de consumo duradero y, en el mejor de los casos, a pagar los estudios de algún miembro de la familia o para mejorar la vivienda, pero muy poco se invierte para generar riqueza, es decir, muy pocas personas establecen un taller, una estética o un cibercafé.

Sin embargo, y para fortuna de quienes buscan en los vecinos ejemplos de progreso, existen personas que, al recibir recursos, principalmente de sus familiares en el extranjero, se juntan con otras para sumarlos e invertirlos en algún proyecto que, en el mediano y largo plazo, les permita mejorar en definitiva sus condiciones sociales y económicas (Oulhaj, 2019).

Cuando esto sucede los recursos económicos se multiplican, pero principalmente el deseo de hacer algo para mejorar⁴, los motiva a agruparse; no es la iniciativa de una sola persona, sino la capacidad de comunicar, transmitir y actuar para convertirse entonces en una acción

³ Como el Coeficiente de GINI que mide la desigualdad en los ingresos; o, la Curva de Lorenz que es una representación gráfica de la desigualdad en la distribución de la renta.

⁴ Diversos filósofos, desde Aristóteles, han tratado el tema de la naturaleza humana y su tendencia natural a ser mejor; ser más aptos, lograr más, distinguirse, alcanzar más felicidad, mayor bienestar, etc.

colectiva, de la que se espera un beneficio común: se transforma en una decisión con impacto social. Una vez que las personas deciden emplear sus recursos, ya sean capacidades, saberes, destrezas o habilidades, es importantísimo que identifiquen en qué y para qué lo invertirán; así nace el *espíritu emprendedor*.

Ese *espíritu emprendedor* es la decisión de hacer para lograr, de aventurarse en el esfuerzo y de prever, con inteligencia, los posibles desenlaces a fin de anticipar las acciones que deben de llevarse a cabo para alcanzar el objetivo. Ese *espíritu emprendedor* surge de la carencia, que crea la tensión suficiente, para desear encontrar alternativas o soluciones; esa tensión es de tal magnitud que provoca movimiento y creatividad. El resultado puede ser simplemente la repetición de prácticas aplicables, experimentadas por otras personas o puede ser un ejercicio que obligue a buscar alternativas quizá no conocidas para generar nuevas ideas.

De cualquier manera, aunque pueda resultar más complejo, es mejor que este *espíritu emprendedor* se manifieste y propicie acciones colaborativas. Sumar aptitudes, talento, capacidades, destrezas, capital e ideas de dos o más personas puede potenciar las posibilidades.

Así, las ideas pasan de los individuos al grupo, a la colectividad que llega a constituirse en asociaciones o sociedades con aspiraciones empresariales. Las ideas pueden, entonces, concretarse en proyectos.

Debe entenderse, por lo tanto, la manera en que nació la empresa y los fines que perseguía para que su esencia trascienda a su propia operación, privilegiando el beneficio social que la originó. La empresa sólo puede existir en función de su aportación a la mejora social, tanto de sus colaboradores, como de sus socios y clientes. Aquellas empresas *egocéntricas*, que buscan solamente maximizar sus utilidades y su valor de mercado, provocarán disparidad social.

Referencias

- Campoamor, R. (1905). Las dos linternas. En *Doloras y Humoradas*. Barcelona: Editorial Maucci. Recuperado el 24 de octubre de 2019, de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/doloras/html/ff3a0fe2-82b1-11df-acc7-002185ce6064_5.html#l_66.
- Rodríguez Sánchez, J. I. (2003). *El impacto de eliminar los subsidios a la electricidad en México: implicaciones económicas y ambientales mediante un modelo de equilibrio general computable* (tesis de maestría). Recuperado el 3 de octubre de 2019, de http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/tales/documentos/mec/rodriguez_s_ji/capitulo2.pdf.
- Oulhaj, L. (Coord.). (2019). *La economía social y solidaria en un contexto de crisis de la civilización occidental: alternativas ante la migración y la desigualdad de género en México, San Francisco y Granada*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana Ciudad de México.
- Zolla, C. y Zolla Máquez, E. (2004). *Los pueblos indígenas de México, 100 preguntas*. Ciudad de México: UNAM. Recuperado el 15 de octubre de 2019, de http://www.nacionmulticultural.unam.mx/100preguntas/pregunta.php?num_pre=24.